

VÉRONIQUE TADJO (1955)

Aunque Véronique Tadjó nació en París, donde pasa los primeros años de su infancia, muy pronto regresa con sus padres a Costa de Marfil y allí realiza parte de sus estudios universitarios, que completará en la Sorbona. Además de su formación en letras, estudió paralelamente en el Instituto de Desarrollo Económico y Social. Años después continuó sus estudios en la universidad norteamericana de Howard y viajó por varios países, entre ellos México, para instalarse durante algunos años en Lagos, Nigeria. Actualmente es profesora en la Universidad de Abidján.

La crítica especializada considera a esta escritora como uno de los talentos más firmes de su generación. Con su primera novela, *Latérité*, obtuvo el premio literario otorgado por la Agence de Coopération Culturelle et Technique ACCT. En *A vol d'oiseau* engarza en 21 capítulos igual número de historias que en conjunto forman una crónica no lineal de la vida cotidiana en la que se mezclan la tragedia, la pasión y la poesía.

En sus obras posteriores encontramos la misma voluntad de dar prioridad a la transmisión de la emoción, sin tomar en cuenta la secuencia cronológica; para ella la realidad aparece fragmentada cuando los seres se sienten heridos, cuando lo que reina es el pesimismo, sobre todo si se quiere abordar temas tan trillados como el amor, la muerte, la injusticia y la esperanza. Esto hace difícil clasificar la obra de Véronique Tadjó dentro de un género convencional.

EL HOMBRE QUE OLÍA FUERTE

HACÍA ya mucho tiempo que estaba mirándola con sus ojos bien redondos y negros como el carbón. Era un hombre apuesto y ágil. De su cuerpo emanaba un olor fuerte y a menudo reía hasta perder el aliento.

Reía, reía, reía, al grado que ella se preguntaba si no estaría un poco triste. Ella hacía como si no lo hubiera notado, pero en verdad, estaba perfectamente consciente de su presencia. Las cosas habían ocurrido sin esfuerzo; un día, él estaba allí y ella ya no podía ignorarlo.

Hacía ya mucho tiempo que estaba mirándola con sus ojos bien redondos y negros como el carbón, color negro-carbón y ella sentía su mirada sobre ella.

Fue su aya quien le hizo notar que tenía un admirador. Ella preguntó en el acto: «¿Quién es?», y el aya respondió: «Es Karim, el nuevo secretario del rey». Entonces, ella dijo: «Descríbemelo». Y la mujer habló de sus pupilas bien redondas y de su cuerpo esbelto. En cuanto al olor, Akissi ya lo sabía. Pero cuando se enteró de que venía del Gran Norte, el vasto país de los Otros, no pudo ocultar su turbación... «¡¿Del Gran Norte...?!», inquirió estupefacta, antes de hundirse en un largo silencio.

Aquella mañana, Akissi caminaba de un lado a otro en una de las inmensas salas del palacio. Con las manos en la espalda, reflexionaba profundamente. Fruncía el entrecejo y torcía la boca.

El rey ya la había mandado llamar dos veces, pero ella no había acudido. Ella sabía lo que le iba a pedir que hiciera: contar una historia.

Cada mañana era lo mismo. Esa mañana, no tenía ningún deseo de hacerlo. El rey decía que tenía una voz magnífica que nunca le cansaba. Decía que sabía contar tan bien que eso lo ponía de buen humor para el resto del día. Decía que eso le hacía olvidar la soledad del poder.

«Se siente viejo, pensó ella; sí, eso es, se siente viejo. Por más que se hable en el reino de su última amante, una cortesana muy perfumada, yo, Akissi, no me dejo engañar. ¡Esa mujer, es sólo para exhibirla! Lleva joyas y gasta mucho dinero, pero en cuanto a lo demás...».

¡El rey, el rey, siempre el rey! Akissi prefería guardar sus pensamientos para alguien diferente. Siendo Karim el secretario de su padre, ¿qué tipo de hombre podría ser? El secretario anterior había desviado tanto dinero que un buen día prefirió huir. Los sobres que entregaba a los cortesanos de parte de su rey no eran tan voluminosos como debían haber sido. ¿Cómo sería Karim?

Akissi estaba descontenta. ¿Por qué la vida parecía tan complicada? Por fin encontraba a alguien que de verdad le agradaba ¡y tenía que ser el secretario de su padre!

Los días pasaban y Akissi pensaba en Karim. Era lo único que hacía. Él la embriagaba. Se despertaba y se acostaba con su recuerdo. Cumplía sus ocupaciones pensando en él. Se decía a sí misma que le gustaría mucho estar cerca de él para tocarlo y apagar esa ternura infinita que le henchía el corazón. Ya no deseaba más que una cosa: acariciar su piel y por fin descubrir las formas de su cuerpo.

¡Pero él podía verla tal como era! Eso la asustaba. ¡Y pensar que nunca se había preocupado por su apariencia! Su aya no dejaba de repetirle que era hermosa ¿pero, era verdad?

«¿Me he vuelto completamente loca? —se preguntó para tratar de recapacitar—. ¡Apenas si lo conozco y ya me entusiasmé!».

Ella deseaba hablarle. Decirle lo que llevaba en el corazón; cómo se sentía prisionera de su ceguera y de sus pensamientos que chocaban contra la bóveda de su conciencia. Se sentía prisionera de todo su ser, encerrada en ella misma, confinada en su carne y a final de cuentas sola. Vivía en una noche en la que los demás no eran más que fantasmas de piedra.

No sabía dónde ponía los pies, no sabía a dónde iba. No había ningún camino que guiara sus pasos, ningún horizonte para continuar su ruta. Erraba en un desierto de dunas sin fin y sus pies se hundían en la arena que frenaba el ritmo de sus días.

La ceguera era el mayor de sus fracasos, la imposibilidad de ver la vida tal como era bajo la plena luz del sol, la incapacidad para ver las cosas de frente. Estaba consciente de todo eso y su ignorancia la desesperaba. ¿Tenía que seguir avanzando con las manos por delante por miedo a caerse? ¿Era ése el precio de una vida sin coraje, que se desgranaba con el correr de los días y los años?

Las más de las veces, dejaba que los demás organizaran su vida y que la suerte se encargara de sus decisiones. Los acontecimientos la llevaban aquí y allá, meciendo su destino como una rama de árbol que oscila con el viento. Evitaba tomar decisiones y sólo se rebelaba cuando se sentía arrinconada. Por lo demás, ¿acaso era capaz de comprometerse en cualquier cosa? Seguía sintiendo en sus adentros el invencible deseo de frenar una parte de su entusiasmo, de cortar su impulso para evitar ir demasiado lejos.

Pero ahora estaba cansada de todas esas precauciones mutilantes. Estaba fatigada de vivir a ritmo lento y de escatimar sus emociones. Dentro de poco, ya no le quedaría mucho tiempo. ¿De qué servía no correr ningún riesgo, sopesar incansablemente los pros y los contras? ¿Qué estaba haciendo de su vida? ¿Qué habría realizado dentro de diez años? ¿Dentro de veinte?

Se sabía ignorante de muchas cosas: de las fechas, de los hechos, de la Historia y de las historias, del mecanismo de la vida y de las leyes de la naturaleza. La única experiencia con la que contaba era la del palacio, una sensibilidad a flor de piel y el deseo de escuchar la verdad.

Y era ese deseo de escuchar la verdad el que la torturaba y la desesperaba, porque sabía que en ese palacio donde mentir y traicionar eran la costumbre, no existía nada para calmar su sed y abrir sus ojos. Nada para curar su anemia.

Quería decirle cuánta necesidad ya sentía de él, de su diferencia y de su verdad. Ella quería acercarse a esa pasión que —le parecía a ella— lo estremecía y probaba que realmente existía.

Ella sabía de la decadencia del reino y sabía que con el valor de enfrentar la vida sería capaz de descubrir los colores de la existencia y de la realidad. Se imaginaba perfectamente lo que él le diría si estuviera frente a ella. Le diría: «¿Por qué hacerte tantas preguntas sin actuar jamás, sin levantar nunca la cabeza?». Y luego, también le diría: «¿Qué te impide marcharte, derribar los muros de tu prisión? ¿Es el miedo a descubrir tu propio rostro?».

El espíritu de Akissi se hallaba en medio de una tempestad. Su imaginación formaba remolinos e inventaba palabras, frases, imágenes que danzaban en torno a Karim. Eso le daba una fuerza desconocida, un valor que creía no haber poseído nunca.

Entonces hizo acopio de su voluntad dispersa y se dispuso a vivir como si algo fuera a estallar en poco tiempo.

Y luego, finalmente, una noche se dijo: «Es verdad, ¿por qué permanecer aquí? ¿Por qué morir de indigestión, vivir y reventar como un balón en el aire?».

LAS PALABRAS NUNCA DICHAS

«Escucha papá, detrás sopla el viento, las lluvias tardan en caer, la hierba está seca, el sol está en guerra.

Escucha bien lo que voy a decirte. Ya no volveré a hablar. ¿Llegarás acaso a oírme en el silencio?

Escucha, hace mucho tiempo que aguardo el momento de decirte palabras que nunca habían salido de mi boca...

Me preocupas. Es tu voz que tiembla y tus manos que ya no son firmes. Pero hay un muro entre nosotros. Somos unos desconocidos. He vivido toda mi vida a tu lado y, sin embargo, no nos conocemos. Tú y yo enclaustrados en nuestros mundos sin encontrarnos nunca.

Ese muro es ahora más grande que nunca, puesto que ya no reconozco el sonido de tu voz, puesto que sé que estás envejeciendo y que eso te hace sufrir, puesto que sé que te sientes solo, incluso en presencia mía, puesto que hace tanto tiempo que no sabemos nada uno del otro.

Hoy ese muro me asusta, pues el tiempo apremia y los días pasan sin doblarse. No se puede rehacer todo. Hubieran sido palabras ricas, palabras que nos habrían acercado, gestos que nos habrían permitido revivir.

Pero ¿por qué soy tan cobarde? ¿Por qué no supe actuar mejor?

Hace mucho tiempo que me desespera esa huida, esta carrera interminable junto a ti.

Ahora que soy mujer, me preocupo por ti y me digo que mi fuerza debería servir para algo. ¿Te acuerdas aún del único día en que jugamos juntos, cuando viniste hasta mí y te entregaste a mis juegos infantiles? ¿Aún te acuerdas de cómo se henchía tu pecho por reír tan fuerte?

Padre, tus ausencias me hacen daño. Tus palabras me desconciertan. Las palabras que intercambiamos no tienen ni substancia ni olor. Te ocultas y no sé dónde encontrarte. ¿Algún día me dirás que me amas?

Escucha, es muy sencillo. Los tiempos son malos. Ya no tengo fe. Si no queremos construir la guerra, tenemos que edificar la paz. Eso, por lo menos, lo sé. Ninguna otra cosa cuenta. Hay que cambiar.

Tengo sed de una vida en la que dormir a pierna suelta no sea signo de debilidad. Una vida con mayúscula, limpia y sin tachones.

¡Padre! ¡Padre! Durante mucho tiempo reinaste con furor. Has moldeado el reino como se te ha antojado. Hablaste en nombre de todos y las voces callaron para que todos y cada uno pudieran escucharte.

Hoy te toca a ti guardar silencio y sentarte en un rincón de la historia.

Escucha, es importante: ¡me marchó!».

EL SECRETO DE KARIM

Ciertas noches, Karim y sus compañeros visitaban en secreto a los habitantes de las pocilgas. Después de haberse lavado cuidadosamente y cambiado la ropa, dejaban tras ellos el Palacio de los Ciegos para ir a hundirse en un mundo que conocían bien; aquel en el que hablaban el mismo lenguaje que los demás y donde podían reír, discutir y hacer planes hasta el amanecer.

Eso iba tomando la forma de largas reuniones durante las cuales se sentaban en rueda y por turno se levantaban para decir lo que sentían y lo que llevaban en la cabeza. Karim escuchaba. Karim hablaba. Karim se enteraba de lo esencial y en sus adentros guardaba pensamientos grandes y fecundos.

Todo sucedía en medio del ruido y de la fiesta de las voces. Un ruido extraordinario que sin embargo nunca rebasaba los tugurios. Risas y palmadas.

Karim se sentía ligado a ellos por el cordón umbilical. Con ellos volvía a encontrar su razón de vivir, las profundas motivaciones de todos sus años amargos, de sus sacrificios personales. Estaba allí con ellos para trazar nuevos caminos e iluminar con sus palabras su peligroso camino.

Karim vivía así esta doble vida que lo ayudaba a avanzar y a continuar. La existencia seguía siendo pesada y abrumadora, pero al menos no estaba muerto. Su alma permanecía intacta, su razón siempre alerta. Él seguía siendo el mismo; el niño de la sabana, el chiquillo de barriga inflada que correteaba por la tierra estéril. Seguía siendo el hijo del polvo y del suelo rojo, el protegido de los genios del viento seco.

Sabía perfectamente que la vida en el palacio le resultaba nefasta. Quería detener todo, hacer estallar ese monstruoso edificio. Pero se negaba a perder la cabeza y luchaba con todas sus fuerzas contra esa violencia que sentía desbordarse de su interior.

¡La sangre, la sangre! ¡No conocer jamás el olor de la sangre! No ser nunca aquel por quien el horror entraría en los siglos, ¡sino inscribir con blanco el nombre de la libertad recobrada!

La libertad como un río que corre, que ondula y hace brillar las escamas de plata, lisa, fluida, musical y serena. La libertad sin muertes, sin ejecuciones, sin tribunales ni tortura. La libertad: LI-BER-TAD. Por impulsos sucesivos, por voluntad colectiva.

Pero a veces esas reuniones tomaban un giro completamente diferente que sembraba la angustia en el espíritu de Karim. «¡Basta!», gritaban algunos habitantes de los tugurios. «¡Hay que derribar los muros del palacio! ¡Hay que romper el trono!». Y cuando hablaban de este modo, sus rostros expresaban una rebeldía profunda y sus cuerpos quedaban secos y

sarmentosos. «¡Es preciso acabar con esto! ¡Destruir este reino maldito! ¡Quemar la ciudad infame!», aullaban una vez más. Se sentía que estaban sufriendo y que cada palabra pronunciada les desgarraba la garganta. Pero la rabia los animaba y nadie podía hacer nada contra ella.

¿Cómo explicar, pensaba entonces Karim, cómo hacer entender que la meta no era matar, sino crear? Construir para recuperar el tiempo perdido, para hacer que todos vivieran. Karim creía en un reino en el que no reinarían ni palacios ni tugurios. Pero ¿cómo encontrar las palabras para detener la desesperación de aquellos que estaban cansados de esperar? Él no podía ofrecerles más que promesas y proponerles un porvenir incierto. Trataba de calmarlos con palabras de esperanza, pero ellos le respondían: «¡Apresúrate, que nuestra paciencia se acaba! ¡Nosotros queremos vivir hoy, no mañana!».

Ahora bien, en ese tiempo vivía un profeta, un poeta, un cuentero, un hombre de labia, un qué sé yo que recorría incansablemente los barrios de los tugurios. Dondequiera que fuera, se decía que estaba loco, se decía que era un sabio, se decía que su lengua suelta sabía incontables poemas, canciones, proverbios y muchas otras cosas más, y que él era el único en saber cómo decirlas y cantarlas con tal pasión. Su voz tenía un sonido continuo que agradaba a los oídos e invitaba a seguir escuchando.

Todo en él estaba hecho para la palabra: su rostro que tenía mil miradas, sus gestos y su cabellera que hacían a algunos decir que estaba loco, porque sus cabellos formaban una masa compacta y enmarañada que él nunca peinaba.

Lo animaba un ardor increíble que era el motor de sus actos. Ese ardor estaba plantado dentro de él y se sentía que siempre afloraba a la superficie cuando hablaba de cosas serias. En esos casos, su voz adquiría un timbre acerado y combativo. Su mirada se endurecía. Una especie de mueca indescriptible invadía su rostro.

Dondequiera que iba, el poeta fascinaba a la gente por la variedad de sus cuentos y de sus imágenes. Cargaba un gran costal al hombro, y cuando lo colocaba en el suelo y metía la mano dentro, siempre sacaba un poema,

una canción o hermosas palabras. Podía hacerlo igual de día que de noche. Lo despertaban bajo un cielo lleno de luna, y se levantaba, hundía la mano en su costal y de él sacaba una historia. Lo mismo sucedía en pleno mediodía cuando el sol pegaba muy fuerte, siempre sacaba algo para dar gusto a los oídos.

Así pues, caminaba entre los tugurios de la ciudad, viviendo de poca cosa, pues nunca pedía nada. Lo único que deseaba era ser escuchado. Entonces decía toda clase de palabras a aquellos que tenían a bien escucharlo. Un día, habló así: «Sé que todo es pasajero y que nuestra vida no pende más que de un hilo. El rayo puede caer en un instante y aniquilar todo. La cólera puede romper todo. La soledad que nos agobia no es la única verdad de nuestra existencia. Podemos transformar el infierno en purgatorio. Cuando toco una piel que me hace bien, sé que estoy cerca de la meta. Cuando cierro los ojos sigo viendo el amor, sé que estoy cerca de la meta.

Todo es aleatorio, todo es transitorio, todo es insuficiente. Ayer, sacábamos el pecho, hoy nuestras manos tiemblan y ya no estamos seguros de nada. Ayer todo parecía estar en orden, hoy el tiempo lucha en contra nuestra.

Hay que aprender a controlar el sufrimiento, aprender a amansar el sufrimiento, excepto la rabia, que necesitamos hermosa y entera, potente y fecunda. ¡Necesitamos la rabia de existir y el coraje para vencer la desgracia!».

El profeta echó una mirada circular sobre la multitud que se había amontonado a su alrededor. Algunos abrían los ojos, otros parecían preocupados. Pero como hacía mucho calor, los habitantes de los tugurios empezaron a irse uno tras otro. Al cuentero se le encogió el corazón, tanto más cuanto que estaba cansado y que tenía seca la garganta. «¡Regresen! —gritó— ¡no he terminado!», y como la gente regresaba, le secaron la frente y le trajeron un vaso con agua. Cuando bebió como se debe, retomó el hilo de su discurso:

«Hay gente hecha de sumisión y marcada ya por la muerte; que tiene una mirada lastimosa y una boca triste. Gente que decide cargar el fardo del mundo sin protestar, que deja que el diablo dance y se lance al aire. Hay

gente así, que siempre piensa en pasar en segundo lugar y que se conforma con migajas...».

Los habitantes de los tugurios se acercaron al poeta y pararon la oreja. Hay que decir que ese labioso era valiente. No tenía pelos en la lengua y no retrocedía ante ninguna muchedumbre. Aun cuando la gente estuviera ocupada en vivir una vida sin interés, siempre encontraba el medio para hacerlos reflexionar. Pues él mismo buscaba algo, que tampoco había encontrado aún.

Fue durante una de esas visitas clandestinas a los tugurios de la ciudad cuando Karim, que caminaba por un terreno baldío, se topó con el profeta loco. En la penumbra de la noche, los dos hombres se observaron largo rato. La luna arrojaba una luz extraña. De repente, el cuentero dio varios pasos rápidos hacia atrás y apuntó con un dedo acusador al visitante:

«Tú llevas tu pasión como una corona de espinas. Quisieras salvar al mundo y piensas que tu crucifixión cambiará el curso de la historia. ¡Cúidate! Si peleas solo, morirás solo, o con algunos compañeros de soledad, que es lo mismo. No regreses a ese palacio donde tu vida se deshilacha. No regreses a ese palacio en ruinas donde hay oscuridad en las miradas. ¡Allí sólo encontrarás el infierno!».

Karim se quedó como petrificado por las palabras del cuentero. Se sintió bañado en sudor frío. Su corazón empezó a latir con violencia. Cerró los ojos para recobrar la calma, para apaciguar su cuerpo perturbado. Cuando volvió a abrirlos, el poeta había desaparecido.

Entonces continuó su camino hasta las barracas aglutinadas. Sus pies tropezaban contra las piedras y los diversos objetos tirados en el suelo. Un montón de basura despedía un olor nauseabundo. El aire estaba cargado de polvo.